

Texto de obra:

En *Neuromante* (1984), William Gibson imaginó un futuro próximo signado por la ubicuidad del ciberespacio: “una alucinación consensual experimentada diariamente por billones de legítimos operadores”. Los viajes interestelares, el sobrevuelo de naves espaciales y el contacto con comunidades alienígenas (hasta entonces marcas registradas de cualquier film o novela de ciencia ficción) fueron sustituidos por la omnipresencia de un nuevo mundo virtual; un entramado de líneas de luz urdidas en el no-espacio de la mente como “luces de una ciudad que se aleja”.

“Condensación (cambio de estado)” coquetea con el imaginario de la novela ciberpunk y sus paisajes postindustriales, pero no proyecta un porvenir distópico amenazado por el dominio absoluto de la técnica. Las obras de Diego Alberti y Sebastián Tedesco no insinúan una visión apocalíptica que busca despabilarnos ante la inminente decadencia urbana. Todo lo contrario. Aquí el gesto irónico suplanta a la distopía. Un condensador mega, vehículos de juguete y un conjunto de piezas lumínicas tejen una red donde nada es lo que parece.

En la instalación *Camiones de carga*, Sebastián presenta una decena de camiones de chapa transformados en prolongadores eléctricos provistos de tomas-acoplados. Si el juego admite que un palo de escoba y una cabeza torpemente labrada en uno de los extremos puedan convertirse en caballo –pertenecer al grupo de los “arre-arre”, diría Gombrich–, en este caso los camiones de juguete devienen una representación literal y metafórica de la funcionalidad que simulan. Sus zonas de carga abastecen a las obras que integran la serie *Ciudad luz*. En estas imágenes, Diego ensaya un ejercicio de abstracción geométrica partiendo de fotografías panorámicas de una ciudad nocturna. Algoritmos generativos traducen los puntos de luz más visibles en las fotos a una arquitectura de alambres de cobre y leds. Son obras que centrifugan las formas y las devuelven depuradas en composiciones en las que solo subsisten algunas figuras esenciales, como si fueran los restos de un pasado cercano erosionado por el tiempo, o los pocos despojos de un naufragio arrastrados por la marea hasta la orilla.

Un condensador gigante, ubicado en el medio de la sala, nos invita a suspender la incredulidad mientras almacena la energía que alimenta a toda una maquinaria donde la materia cambia de estado. En esta versión del no-espacio descrito por Gibson, las líneas de luz no evocan una ciudad que se aleja: las obras de Diego y Sebastián hacen que la dispersión se concentre y lo múltiple se torne compacto.

Jazmín Adler